

contratantes. Los jugadores vetustenses tenían una virtud: no trasnochaban. Eran hombres ocupados que tenían que madrugar. Tal médico se recogía á las diez despues de perder las ganancias del día: se levantaba á las seis de la mañana, recorría todo el pueblo entre charcos y entre lodo, desafiaba la nieve, el granizo, el frío, el viento; y después de improbo trabajo, volvía, como con una ofrenda ante el altar, á depositar sobre el tapete verde las pesetas ganadas. Abogados, procuradores, escribanos, comerciantes, industriales, empleados, propietarios, todos hacían lo mismo. En el tresillo, en el gabinete de lectura, en el billar, en las salas de conversación, de dominó y ajedrez, había siempre las mismas personas, los aficionados respectivos; pero el cuarto del crimen era el lugar donde se reunían todos los oficios, todas las edades, todas las ideas, todos los gustos, todos los temperamentos.

No en balde se afirmaba que Vetusta se distinguía por su acendrado patriotismo, su religiosidad y su afición á los juegos prohibidos. La religiosidad y el patriotismo se explicaban por la historia: la afición al juego por lo mucho que llovía en Vetusta. ¿Qué habían de hacer los socios, si no se podía pasear? Por eso proponía don Pompeyo Guimarán, el filósofo, que la catedral se convirtiera en paseo cubierto. «¡*Risum teneatis!*» contestaba Cármenes en la gacetilla del *Lábaro*.

La religiosidad, aunque en la forma lamentable de la superstición, se manifestaba en el mismo vicio de la tafurería. Se contaban en el casino portentos de credulidad de los jugadores más famosos. Un comerciante, liberal y nada timorato, tenía depositados en la puerta de aquel centro de recreo un par de zapatos viejos. Llegaba al casino, calzaba los zapatos de suela rota y subía á probar fortuna. Juraba que jamás llevando botas nuevas le había favorecido la suerte. Ve-

nía á ser un jugador de la orden de los descalzos. Entre su fe y cierta maliciosa experiencia le daban ganancias seguras. Un año hizo una espléndida novena á San Francisco, á la cual acudió toda *Vetusta edificada*, como decía Bermúdez.

Después que Bedoya salía del casino, pasando sin ser visto de los porteros, que dormían suavemente, no quedaban allí más socios que ocho ó diez trasnochadores jurados. Pocos y siempre los mismos. Unos eran personajes averiados que habían contraído la costumbre de trasnochar en Madrid, otros elegantes y calaveras de Vetusta que los imitaban. Pero de esta tertulia de última hora tendremos que hablar más adelante, porque á ella asistían personajes importantes de esta historia.

Eran las tres y media de la tarde. Llovía. En la sala contigua al gabinete viejo estaban los socios de costumbre, los que no jugaban á nada y los seis que jugaban al ajedrez. Éstos habían colocado el respectivo tablero junto á un balcón, para tener más luz. En el fondo de la sala parecía que iba á anochecer. Sobre una mesa de mármol brillaba entre humo espeso de tabaco, como una estrella detrás de niebla, la llama de una bujía que servía para dar lumbre á los cigarrillos. Ocultos en la sombra de un rincón, al rededor de aquella mesa, arrellanados en un diván unos, otros en mecedoras de paja, estaban media docena de socios fundadores, que de tiempo inmemorial acudían á las tres en punto á tomar café y copa. Hablaban poco. Ninguno se permitía jamás aventurar un aserto que no pudiera ser admitido por unanimidad. Allí se juzgaba á los hombres y los sucesos del día, pero sin apasionamiento; se condenaba, sin ofenderle, á todo innovador, al que había hecho algo que saliese de lo ordinario. Se elogiaba, sin gran entusiasmo, á los ciudadanos que sabían ser comedidos, corteses é incapa-

ces de exagerar cosa alguna. Antes mentir que exagerar. Don Saturnino Bermúdez había recibido más de una vez el homenaje de una admiración prudente en aquel círculo de señores respetables. Pero en general preferían á esto hablar de animales: v. gr., del instinto de algunos, como el perro y el elefante, aunque siempre negándoles, por supuesto, la inteligencia: «el castor fabrica hoy su vivienda lo mismo que en tiempo de Adán; no hay inteligencia, es instinto.» Hablaban también de la utilidad de otros irracionales; el cerdo, del cual se aprovecha todo, la vaca, el gato, etc., etc. Y aún les parecía más interesante la conversaci3n si se refería á objetos inanimados. El derecho civil también les encantaba en lo que atañe al parentesco y á la herencia. Pasaba un socio cualquiera, y si no le conocía alguno de aquellos fundadores preguntaba:

—¿Quién es ese?

—Ese es hijo de... nieto de... que casó con... que era hermana de...

Y como las cerezas, salían enganchados por el parentesco casi todos los vetustenses. Esta conversaci3n terminaba siempre con una frase:

—Si se va á mirar, aquí todos somos algo parientes.

La meteorología tampoco faltaba nunca en los t3picos de las conferencias. El viento que soplabá tenía siempre muy preocupados á los socios beneméritos. El invierno actual siempre era más frío que todos los que recordaban, menos uno.

También á veces se murmuraba un poco, pero con el mayor comedimiento, sobre todo si se hablaba de clérigos, señoras ó autoridades.

Á pesar de la amenidad de tales conversaciones, el grupo de venerables ancianos, con los que sólo había un joven y éste calvo, prefería al más grato palique el silencio; y á él se consagraba principalmente aquella

especie de siesta que dormían despiertos. Casi siempre callaban.

No lejos de ellos, y por cierto molestándolos á veces no poco, había dos ó tres grupos de alborotadores; y á lo lejos se oía el antipático estrépito del dominó, que habían desterrado de su sala los venerables. Los del dominó eran siempre los mismos: un catedrático, dos ingenieros civiles y un magistrado. Reían y gritaban mucho; se insultaban, pero siempre en broma. Aquellos cuatro amigos, ligados por el seis doble, hubieran vendido la ciencia, la justicia y las obras públicas por salvar á cualquiera de la partida. En el salón de baile, donde no se permitía jugar ni tomar café, se paseaban los señores de la Audiencia y otros personajes, v. gr., el marqués de Vegallana, los días de mucha agua, cuando él no podía dar sus paseos.

La animaci3n estaba en los grupos de alborotadores antes citados.

—«Allí no se respetaba nada ni á nadie»—decían los viejos del rinc3n.—Aunque estaban á dos pasos de ellos, rara vez se mezclaban las conversaciones. Los ancianos callaban y juzgaban.»

—¡Qué atolondramiento!—dijo un venerable en voz baja.

—Observe Vd.—le respondieron—que rara vez hablan de intereses reales de la provincia.

—Únicamente cuando viene el señor Mesía...

—Oh, es que el señor Mesía... es otra cosa.

—Sí, es mucho hombre. Muy entendido en Hacienda y eso que llaman Economía política.

—Yo también creo en la Economía política.

—Yo no creo, pero respeto mucho la memoria de Flórez Estrada, á quien he conocido.

Todo menos disputar; en cuanto asomaba una discusi3n, se le echaba tierra encima y á callar todos.

En la mesa de enfrente, gritaba un señor que había

sido alcalde liberal y era usurero con todos los sistemas políticos; malicioso, y enemigo de los curas, porque así creía probar su liberalismo con poco trabajo.

—Pero, vamos á ver—decía—¿quién le ha asegurado á Vd. que el Magistral no ha querido confesar á la Regenta?

—Me lo ha dicho quien vió por sus ojos á doña Anita entrar en la capilla de don Fermín y á don Fermín salir sin saludar á la Regenta.

—Pues yo los he visto saludarse y hablar en el Espolón.

—Es verdad—gritó un tercero—yo también los ví. De Pas iba con el Arcipreste y la Regenta con Visitación. Es más, el Magistral se puso muy colorado.

—¡Hombre, hombre!—exclamó el ex-alcalde fingiendo escandalizarse.

—Pues yo sé más que todos Vds.—vociferó un pollo que imitaba á Zamacois, á Luján, á Romea, el sobrino, á todos los actores cómicos de Madrid, donde acababa de licenciarse en Medicina.



Bajó la voz, hizo una seña que significaba sigilo; todos los del corro se acercaron á él, y con la mano puesta al lado de la boca, como una mampara, dejando caer la silla en que estaba á caballo, hasta apoyar el respaldo en la mesa, dijo:

—Me lo ha contado Paquito Vegallana; el Arcipres-

te, el célebre don Cayetano, ha rogado á Anita que cambie de confesor, porque...

—¡Hombre, hombre! ¿qué sabes tú por qué?—interrumpió el enemigo del clero.—¡El secreto de la confesión!

—¡Bueno, bueno! Yo lo sé de buena tinta. Paquito me lo ha dicho. Mesía—y bajó mucho más la voz—Mesía le pone varas á la Regenta.

Escándalo general. Murmullo en el rincón oscuro.

«Aquello era demasiado.»

«Se podía murmurar, hablar sin fundamento, pero no tanto. Vaya por el Magistral y el secreto de la confesión; ¡pero tocar á la Regenta! Era un imprudente aquel sietemesino, sin duda.»

—Señores, yo no digo que la Regenta tome varas, sino que Álvaro quiere ponérselas: lo cual es muy distinto.

Todos negaron la probabilidad del aserto.

—Hombre... la Regenta... ¡es algo mucho!

El pollo se encogió de hombros.

—«Estaba seguro. Se lo había dicho el marquesito, el íntimo de Mesía.»

—Y, vamos á ver—preguntó el señor Foja, el ex-alcalde—¿qué tiene que ver eso de las varas que Mesía quiere poner á la Regenta con el Magistral y la confesión?

No quería dejar su presa. No siempre en el Casino se podía hablar mal de los curas.

—Pues tiene mucho que ver; porque el Arcipreste ha pedido auxilio al otro; quiere dejarle la carga de la conciencia de la otra.

—Muchacho, muchacho, que te resbalas—advirtió el padre del deslenguado, que estaba presente y admiraba la desfachatez de su hijo, adquirida positivamente en Madrid, y muy á su costa.

—Quiero decir que Anita es muy cavilosa, como

todos sabemos—y seguía bajando la voz, y los demás acercándose, hasta formar un racimo de cabezas, dignas de otra Campana de Huesca—es cavilosa y tal vez haya notado las miradas... y demás ¿eh? del otro... y querrá curarse en salud... y el Arcipreste no está para casos de conciencia complicados, y el Magistral sabe mucho de eso.

El corro no pudo menos de sonreír en señal de aprobaci6n.

Al papá del maldiciente se le caía la baba, y guiñaba un ojo á un amigo. No cabía duda que los chicos sólo en Madrid se despabilan. Caro cuesta, pero al fin se tocan los resultados.

El desparpajo del muchacho solía suscitar protestas, pero luégo vencía la elocuencia de sus maliciosos epigramas y del retintín manolesco de sus gestos y acento.

Empezaba entonces el llamado género flamenco á ser de buen tono en ciertos barrios del arte y en algunas sociedades. El mediquillo vestía pantalón muy ajustado y combinaba sabiamente los cuernos que entonces se llevaban sobre la frente con los mechones que los toreros echan sobre las sienes. Su peinado parecía una peluca de marquetería.

Se llamaba Joaquín Orgaz y *se timaba* con todas las niñas casaderas de la poblaci6n, lo cual quiere decir que las miraba con insistencia y tenía el gusto de ser mirado por ellas. Había acabado la carrera aquel año y su propósito era casarse cuanto antes con una muchacha rica. Ella aportaría el dote y él su figura, el título de médico, y sus habilidades flamencas. No era tonto, pero la esclavitud de la moda le hacía parecer más adocenado de lo que acaso fuera. Si en Madrid era uno de tantos, en Vetusta no podía temer á más de cinco ó seis rivales importadores de semejantes maneras. En los meses de vacaciones aprovechaba el

tiempo buscando el trato de las familias ricas ó nobles de Vetusta. Se había hecho amigo íntimo de Paquito Vegallana y, aunque de lejos, algo le tocaba del esplendor que irradiaba el célebre Mesía, flor y nata de los elegantes de Vetusta. Orgaz le llamaba Álvaro, por lo muy familiar que era el trato de Paco y de Mesía, y como él tuteaba á Paquito... por eso.

Se animó Joaquín con el buen éxito de sus murmuraciones y sostuvo que era cursi aquel respeto y admiraci6n que inspiraba la Regenta.

—Es una mujer hermosa, hermosísima; si ustedes quieren, de talento, digna de otro teatro, de volar más alto... si Vds. me apuran diré que es una mujer superior—si hay mujeres así—pero al fin es mujer, *et nihil humani...*

No sabía lo que significaba este latín, ni á dónde iba á parar, ni de quién era, pero lo usaba siempre que se trataba de debilidades posibles.

Los socios rieron á carcajadas.

«¡Hasta en latín sabe maldecir el pillastre!» pensó el padre, más satisfecho cada vez de los sacrificios que le costaba aquel enemigo.

Joaquinito, encarnado de placer, y un poco por el anís del mono que había bebido, creyó del caso coronar el edificio de su gloria cantando algo nuevo. Se puso en pié, estiró una pierna, giró sobre un tacón y cantó, ó *se cantó*, como él decía:

Ábreme la puerta
puerta del postigo...

«—Era preciso acabar con las preocupaciones del pueblo. ¡La Regenta! ¿Dejaría de ser de carne y hueso? Y Álvaro siempre había sido irresistible...» Orgaz hijo suspendió el baile, que había emprendido mientras hacía observaciones. En la sala vecina habían so-

nado unas pisadas que hacían temblar el pavimento.

—Ahí está el inglés—dijo entre dientes el flamenco; y se puso un poco pálido.

En efecto, era Ronzal.

Pepe Ronzal—alias Trabuco, no se sabe por qué—era natural de Pernueces, una aldea de la provincia. Hijo de un ganadero rico, pudo hacer sus estudios, que ya se verá qué estudios fueron, en la capital. Aficionado al monte, como Vinculete al tresillo, desde la adolescencia, ni durante las vacaciones quería volver á Pernueces, ganoso de no perder ni unas judías. No pudo concluir la carrera. No bastó la tradicional benevolencia de los profesores para que Trabuco consiguiera hacerse licenciado en ambos derechos.

Una vez le preguntaron en un examen:

—¿Qué es testamento, hijo mío?

—Testamento... ello mismo lo dice, es el que hacen los difuntos.

Además de Trabuco le llamaban el Estudiante, por una antonomasia irónica que él no comprendía.

Pasó el tiempo; murió el ganadero, Pepe Ronzal dejó de ser el Estudiante, vendió tierras, se trasladó á la capital y empezó á ser hombre político, no se sabe á punto fijo cómo ni por qué.

Ello fué que de una mesa de colegio electoral pasó á ser del Ayuntamiento, y de concejal pasó á diputado provincial por Pernueces. Si nunca pudo sacudir de sí la pristina ignorancia, en el andar, y en el vestir y hasta en el saludar, fué consiguiendo paulatinos progresos, y se necesitaba ser un poco antiguo en Vetus-ta para recordar todo lo agreste que aquel hombre había sido. Desde el año de la Restauración en adelante pasaba ya Ronzal por hombre de iniciativa, afortunado en amores de cierto género y en negocios de quintas. Era muy decidido partidario de las instituciones vigentes. Se peinaba por el modelo de los sellos y las

pesetas, y en cuanto al calzado lo usaba fortísimo, blindado. Creía que esto le daba cierto aspecto de noble inglés.

«—Yo soy muy inglés en todas mis cosas—decía con énfasis—sobre todo en las botas.»

«*Militaba*» en el partido más reaccionario de los que turnaban en el poder.

«—Dadme un pueblo sajón, decía, y seré liberal.»

Más adelante fué liberal sin que le dieran el pueblo sajón, sino otra cosa que no pertenece á esta historia.

Era alto, grueso y no mal formado; tenía la cabeza pequeña, redonda y la frente estrecha; ojos montaraces, sin expresión, asustados, que no movía siempre que quería, sino cuando podía. Hablar con Ronzal, verle á él animado, decidor, disparatando con gran energía y entusiasmo, y notar que sus ojos no se movían, ni expresaban nada de aquello, sino que miraban fijos con el pasmo y la desconfianza de los animales del monte, daba escalofríos.

Era de buen color moreno y tenía la pierna muy bien formada. En lo que se había adelantado á su tiempo era en los pantalones, porque los traía muy cortos. Siempre llevaba guantes, hiciera calor ó frío, fuesen oportunos ó no. Para él siempre había el guante sido el distintivo de la finura, como decía, del señorío, según decía también. Además, le sudaban las manos.

Aborrecía lo que olía á plebe. Los *republicanitos* tenían en él un enemigo formidable. Un día de san Francisco no puso colgaduras en los balcones del casino del conserje. Ronzal, que era ya de la Junta, quiso arrojar por uno de aquellos balcones al mísero dependiente.

—¡Señor—gritaba el conserje—si hoy es san Francisco de Paula!

—¿Qué importa, animal?—respondió Trabuco furioso.—No hay Paula que valga; en siendo san Francisco es día de gala y se cuelga!

Así entendía él que se servía á las Instituciones. Con rasgos como éste fué haciéndose respetar poco á poco.

Lo que es cara á cara ya nadie se reía de él. No le faltó perspicacia para comprender que el mundo daba mucho á las apariencias, y que en el Casino pasaban por más sabios los que gritaban más, eran más tercos y leían más periódicos del día. Y se dijo:

«Esto de la sabiduría es un complemento necesario. Seré sabio. Afortunadamente tengo energía—tenía muy buenos puños—y á testarudo nadie me gana, y disfruto de un pulmón como un manolito (monolito, por supuesto.) Sin más que esto y leer *La Correspondencia*, seré el Hipócrates de la provincia.»

Hipócrates era el maestro de Platón, á quien nunca llamó Sócrates Trabuco, ni le hacía falta.

Desde entonces leyó periódicos y novelas de Pigault-Lebrun y Paul de Kock, únicos libros que podía mirar sin dormirse acto continuo. Oía con atención las conversaciones que le sonaban á sabiduría; y sobre todo, procuraba imponerse dando muchas voces y quedando siempre encima.

Si los argumentos del contrario le apuraban un poco, sacaba lo que no puede llamarse el Cristo, porque era un *rotin*, y blandiéndolo, gritaba:

—Y conste que yo sostendré esto en todos los terrenos! en todos los terrenos!

Y repetía lo de terreno cinco ó seis veces para que el otro se fijara en el tropo y en el garrote y se diera por vencido.

Comprendía que allí las discusiones de menos compromiso eran las de más bulto y de cosas remotas, y así, era su fuerte la política exterior. Cuanto más lejos estaba el país cuyos intereses se discutían, más le convenía. En tal caso el peligro estaba en los *lapsus* geográficos. Sabía confundir los países con los generales

que mandaban los ejércitos invasores. En cierta desgraciada polémica hubo de venir á las manos con el capitán Bedoya que le negaba la existencia del general Sebastopol.

También creyó que su fama de hombre de talento se afianzaria probando sus fuerzas en el ajedrez y aplicó á este juego mucha energía. Una tarde que jugaba en presencia de varios socios y llevaba perdidas muchas piezas, vió su salvación en convertir en reina un peoncillo.

—Este va á reina!—exclamó fijando con los suyos los ojos del adversario.

—No puede ser.

—¿Cómo que no puede ser?

Y el contrario, por instinto, retiró una pieza que estorbaba el paso del peón que debía ir á reina.

—Á reina va, y lo hago cuestión personal—añadió envalentonado Trabuco, dándose un puñetazo en el pecho.

Y el contrario, sin querer, le dejó otra casilla libre.

Y así, de una en otra, jugándose la vida en todas ellas, convirtió el peón en reina, y ganó el juego el enérgico diputado provincial de Pernueces.

